



Una visita a Paul Lafargue

Puppets and Puppeteers

Jaime Augusto Shelley

ERA DE NOCHE YA CUANDO EL AVIÓN de Aeroméxico comenzó la maniobra de desembarco de sus pasajeros provenientes de la ciudad de Nueva York.

Los señores Moneybag y Pocketmoney tomaron el túnel de la terminal y a la entrada misma los aguardaba un hombre con una cartulina con sus nombres inscritos con plumón. Luego de las cortesías del caso, los instó a que le entregaran sus pesados portafolios mientras se dirigían a Migración y Aduanas. Guiando a los distinguidos visitantes, pasaron directamente por una mesa donde, sin mayor trámite, sellaron sus pasaportes y siguieron a la recepción de equipajes para cruzar, sin detenerse, por la aduana donde el asistente del funcionario las tomó para introducirlas a la camioneta blindada estacionada a la puerta de la terminal.

De camino al hotel les informó que las reuniones se darían de acuerdo a lo acordado y que podrían descansar hasta las 10 de la mañana del día siguiente, cuando iría a recogerlos.

Los señores Pocketmoney y Moneybag, altos funcionarios de una empresa de Wall Street especializada en inversiones internacionales, sobre todo en países del Tercer Mundo, no se mostraban cansados ni molestos. Pasajeros de Primera Clase, habían sido bien atendidos y la champaña era francesa, así que relajados y satisfechos se encaminaban a su suite del *Four Seasons Hotel*





anticipando tan sólo los negocios que avizoraban como muy prometedores.

Una vez instalados, los funcionarios se reúnen en la mesa central de la amplia suite y despliegan los distintos expedientes que han extraído de sus portafolios y los colocan según el orden que prevén seguirán en las reuniones del día siguiente: Hacienda, Pemex, CFE, etc.

*

Paul Lafargue (nacido en Santiago de Cuba, de padres franceses, 1842-1911), un nombre que, al parecer, ahora resulta por completo desconocido para la mayoría de la gente —y curiosamente, también para esos que se dicen letrados militó bajo las banderas del socialismo científico y acaba casado con Laura, segunda hija de Marx (a lo mejor eso sí lo recuerdan algunos). Heredero de Engels, es además de un incansable agitador e incitador de obreros y organizaciones políticas —por ejemplo el Partido Socialista de Francia y miembro del

Consejo de la Primera Internacional— un escritor por demás interesante y original.

Uno de sus trabajos más difundidos (fácilmente accesible por Internet) se llama *El Derecho a la Pereza* (publicado originalmente en la revista *L'Egalité*, en los primeros días de 1880) y en él, no sé si basado en la tesis de Aristóteles (la necesidad que tiene todo hombre de inteligencia superior, de disfrutar del tiempo necesario para no hacer otra cosa que pensar y resolver con método filosófico sus inquietudes) o si se trata de una ironía con respecto a la situación que guarda entonces la clase obrera ante la brutal explotación que sufre a manos de sus patrones —quienes los fuerzan a trabajar hasta por jornadas de 15 horas, incluidos mujeres y niños, algunos de éstos, menores de diez años de edad.

En su breve preámbulo, fechado en la cárcel de Sainte Pelâgie, en 1883, Lafargue cita a Thiers, quien en un discurso dirigido a la Comisión para la Instrucción Primaria (1849), dice:

“Quiero hacer poderosa la influencia del clero, porque tengo puestas mis esperanzas en él para que propague la buena filosofía que enseña al hombre que sólo está aquí abajo para sufrir, y no esa filosofía que, por el contrario, le dice al hombre: ¡Goza!”.

Veamos otras partes de este texto, que no puede ser más actual. En el primer capítulo, cita a Lessing:

“Seamos perezosos en todas las cosas, excepto al amar y al beber, excepto al ser perezosos”.

Y comienza:

Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de las naciones donde domina la civilización capitalista. Esta locura trae como resultado las miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda por el trabajo, llevada hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de sus hijos. En vez de reaccionar contra esta aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas han sacralizado el trabajo. Hombres ciegos y de escaso talento, quisieron ser más sabios que su dios; hombres débiles y despreciables, quisieron rehabilitar lo que su dios había maldecido. Yo, que no me declaro cristiano, economista ni moralista, planteo frente a su juicio el de su Dios; frente a las predicaciones de su moral religiosa, económica y libre pensadora, las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista.

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparen, por ejemplo, el pura sangre de las caballerizas de Rothschild, atendido por una turba de lacayos birmanos, con la tosca bestia de los arrendamientos normandos, que trabaja la tierra, recoge el estiércol y cosecha. Observen al noble salvaje que los misioneros del comercio y los comerciantes de la religión no corrompieron todavía con el cristianismo, la sífilis y el dogma del trabajo, y observen luego a nuestros miserables sirvientes de máquinas [...]

También los griegos de la época dorada despreciaban el trabajo: sólo a los esclavos les estaba permitido trabajar: el hombre libre sólo conocía los ejercicios corporales y los juegos de la inteligencia. Era también el tiempo en que se caminaba y se respiraba en un pueblo de hombres como Aristóteles, Fidas, Aristófanes; era el tiempo en el que un puñado de valientes aplastaban en Maratón a las hordas del Asia que Alejandro iba luego a conquistar. Los filósofos de la antigüedad

enseñaban el desprecio al trabajo, esa degradación del hombre libre; los poetas cantaban a la pereza, ese regalo de los dioses:

O Melibae, Deus nobis haec otia fecit. [...]

¡Y pensar que los hijos de los héroes del Terror se dejaron degradar por la religión del trabajo al punto de aceptar, después de 1848, como una conquista revolucionaria, la ley que limitaba a doce horas el trabajo en las fábricas! Proclamaban, como un principio revolucionario, el derecho al trabajo. ¡Vergüenza al proletariado francés! Sólo los esclavos hubiesen sido capaces de tal bajeza. Hubieran sido necesarios veinte años de civilización capitalista para que un griego de los tiempos heroicos concibiera tal envilecimiento. [...]

Y si las penas del trabajo forzado, si las torturas del hambre se abatieron sobre el proletariado, en mayor cantidad que las langostas de la biblia, es porque ha sido él quien las ha llamado. [...]

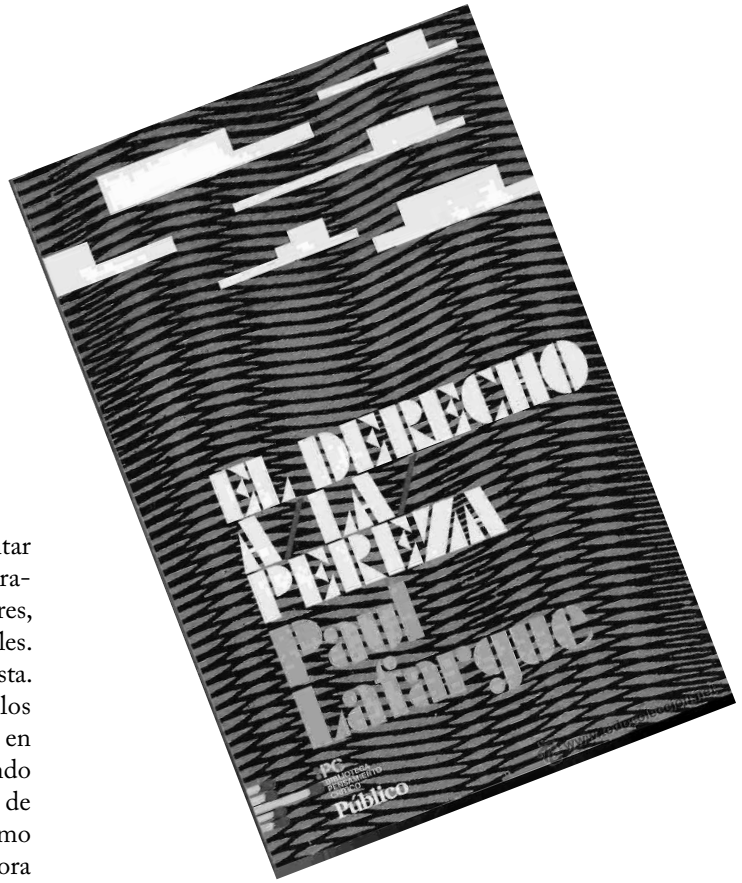
Nuestra época es, dicen, el siglo del trabajo; es en efecto el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción.

Y sin embargo, los filósofos, los economistas burgueses —desde el penosamente confuso Augusto Comte hasta el ridículamente claro Leroy—Beaulieu; los hombres de letras burguesas —desde el charlatanesco romántico Víctor Hugo hasta el ingenuamente grotesco Paul de Kock—, todos han entonado sus cánticos nauseabundos en honor del dios Progreso, el hijo primogénito del Trabajo. Al escucharlos, puede pensarse que la felicidad reinará sobre la tierra: ya se siente su llegada. Ellos fueron a indagar en el polvo y la miseria feudales de los siglos pasados para recuperar de la oscuridad las delicias de los tiempos presentes. ¿Nos cansaron los bien alimentados, los satisfechos, hasta hace poco todavía miembros de la servidumbre de grandes señores, y hoy sirvientes literarios de la burguesía, muy bien pagados? ¿Nos cansaron con la rusticidad del retórico La Bruyère? [...]

Trabajen, trabajen, proletarios, para aumentar la riqueza social y sus miserias individuales; trabajen, trabajen, para que, volviéndose más pobres, tengan más razones para trabajar y ser miserables. Tal es la ley inexorable de la producción capitalista.

Prestando oído a las falsas palabras de los economistas, los proletarios se han entregado en cuerpo y alma al vicio del trabajo, precipitando así a toda la sociedad en las crisis industriales de sobreproducción que convulsionan el organismo social. Entonces, debido a que hay una plétora de mercancías y escasez de compradores, los talleres se cierran y el hambre azota las poblaciones obreras con su látigo de mil tiras. Los proletarios, embrutecidos por el dogma del trabajo, no comprenden que el sobretrabajo que se infligieron en los tiempos de pretendida prosperidad es la causa de su miseria presente; [...]

Los fabricantes recorren el mundo en busca de salida para las mercancías que se amontonan; obligan a su gobierno a anexar el Congo, a apoderarse de Tonkin, a demoler a cañonazos las murallas de la China, para esparcir allí sus telas de algodón. En los siglos pasados, hubo un duelo a muerte entre Francia e Inglaterra para definir quién tendría el privilegio exclusivo de vender en América y en las Indias. Miles de hombres jóvenes y fuertes enrojecieron los mares con su sangre durante las guerras coloniales. [...] Estas miserias individuales y sociales, por grandes e innumerables que sean, por eternas que parezcan, desaparecerán como las hienas y los chacales ante la proximidad del león, cuando el proletariado diga: "Yo quiero que terminen". Pero para que tome conciencia de su fuerza, el proletariado debe aplastar con sus pies los prejuicios de la moral cristiana, económica y



librepensadora; debe retornar a sus instintos naturales, proclamar los Derechos de la Pereza, mil veces más nobles y más sagrados que los tísicos Derechos del Hombre, proclamados por los abogados metafísicos de la revolución burguesa; que se limite a trabajar no más de tres horas por día, a holgazanear y comer el resto del día y de la noche.

Hasta aquí, mi tarea fue fácil: no tenía más que describir los males reales bien conocidos — lamentablemente— por todos nosotros.

Y hay mucho más de lo dicho por aquel 1880. Por desgracia, su extensión rebasa el espacio de este artículo.

*

Pero volvamos con los señores Moneybag y Pocketmoney que, una vez negociados y firmados sus contratos, suben al avión ese viernes por la mañana, con rostros radiantes.

¿Sabremos algún día lo que se acordó? Lo dudo. 